Tom el cojo



«Conocer es amar, y amar es actuar»

Autoría verificada de «Tom el cojo» por la Sra. Walter Searle, seudónimo literario de Mary Louisa Baker. Fecha estimada de redacción: entre 1880 y 1896.

Texto extraído de un folleto publicado por Pilgrim Tract Society Inc., con su amable autorización.

En una de esas deplorables y miserables viviendas del este de Londres, en una habitación oscura y lúgubre situada en lo más alto de una casa, vivía Tom, un niño lisiado, muy desatendido y elativamente desconocido. Sus padres habían fallecido cuando él era aún muy pequeño, dejándolo a merced de una pariente anciana, a la que él llamaba «abuelita».

Había nacido lisiado y siempre había sufrido, pero mientras pudo, barría un cruce con sus muletas o hacía pequeños trabajos para ganarse unos peniques. Sin embargo, poco después de la muerte de sus padres, el niño tuvo que guardar cama. La anciana le permitió, de muy mala gana, ocupar la habitación de arriba de su casa, de la que nunca volvió a salir.

Su madre le había enseñado a leer y a escribir, y a veces, en alguna noche nevada, el muchacho se colaba en la sala de una misión cristiana simplemente para entrar en calor. Entumecido por el frío y agotado físicamente, prestaba poca atención a lo que oía aquellas noches; pero, tumbado solo día tras día, el recuerdo de aquello le venía a la mente y, poco a poco, se fue apoderando de él un gran anhelo por saber más sobre las cosas de Dios y por tener su propia Biblia. Sabía que era de la Biblia de donde los oradores habían obtenido sus conocimientos, y eso era todo. Así que, armándose de valor, un día le preguntó a la abuelita al respecto. Pero su única reacción fue una risa irónica. ¡Las Biblias no eran lo suyo! ¿Para qué quería un chico como él una Biblia? Así que el asunto terminó allí, pero el deseo del chico de tener una no disminuyó.

Un día, subió por las crujientes escaleras el bullicioso Jack Lee, el único amigo que tenía en el mundo. «¡Hurra! ¡Hurra! Tengo una noticia. ¡Mañana me voy al norte! He venido a despedirme de ti, Tom», exclamó, lleno de emoción, sentándose en la cama y secándose el sudor de la frente. «Pero tengo un regalo de lo más bonito para ti, amigo mío» —dijo sacando de su bolsillo algo envuelto en un trozo de papel marrón manchado de grasa.

Tom se incorporó apoyándose en los codos, nada contento con la noticia que acababa de oír. «Un chelín nuevo y reluciente para ti, Tom. Y no te lo gastes hasta que quieras algo realmente especial». «Ay, Jack, qué bueno eres, pero ahora mismo quiero algo muy, muy especial». «¿De verdad? ¿Qué es?» «¡Quiero una Biblia!» «¡Una Biblia! ¡Vaya por Dios!» «¿Quién ha oído jamás que un chico pobre se gaste todo eso en una Biblia, cuando yo tuve que apañármelas durante meses y meses para ahorrarla en monedas de cobre?»

«No te enfades, querido Jack», exclamó el chico, «te vas a marchar y yo me quedaré más solo que nunca, y, ay, cómo me apetece tener una Biblia. Por favor, cómpramela, Jack, ahora mismo, esta misma tarde en la tienda de Fisher, antes de que cierre. La abuela nunca me la compraría; se lo gastaría en ginebra si se lo pongo en las manos».

«¿Para qué quieres una Biblia, Tom? Solo los eruditos entienden esas cosas», respondió con cierto enfado.

«Quizá sea así, Jack, pero me muero de ganas de tener una, porque tengo que averiguar si esa gente de la misión a la que tú y yo solíamos ir a veces decía la verdad sobre alguien al que llamaban Jesucristo. Que sea tu regalo de despedida, Jack, y me harás muy feliz».

«Muy bien, amigo, entonces iré, pero no sé nada de comprar Biblias». «Fisher las tiene por un chelín, porque las vi anunciadas en el escaparate cuando pasaba por allí. ¡Date prisa, Jack, o la tienda estará cerrada!».



Jack accedió de muy mala gana y bajó las escaleras más despacio de lo que las había subido. Pero se le pasó la decepción cuando regresó con una preciosa Biblia por un chelín.

«Fisher dice que no podría dejarte un mejor amigo, Tom, y afirma que ese chelín no podría haberse invertido de mejor manera; y añade: "¡Puede que valga más de mil libras para el chico!". Así que es algo valioso».

La felicidad y la gratitud de Tom no tenían límites: «¡Lo sé, lo sé!», exclamó mientras apretaba el Libro contra el pecho. «Ahora soy feliz. ¡Ay, qué bondadoso fuiste al guardar ese chelín!».

Tras un mes de intensa lectura, Tom el Cojo sabía más sobre la Biblia que muchos de los que afirmaban haberla estudiado durante veinte años. Aprendió el camino de la salvación, teniendo como único maestro al Espíritu Santo; aprendió también que la obediencia a la voluntad de Dios significaba ayudar a salvar a los demás.

«No sirve de nada guardarme esta buena noticia para mí solo», dijo; así que pensó y pensó, hasta que por fin se decidió por una tarea sencilla, pero muy hermosa, para el Señor. Su cama estaba junto al umbral de la ventana, que era bajo, y de alguna manera consiguió un lápiz y papel, escribió diferentes versículos y, lanzándolos a la ruidosa calle de abajo, indicó:

«Al transeúnte: Por favor, lee este mensaje».

Con esto esperaba que alguien pudiera conocer a Jesucristo y su salvación. Este servicio de amor —prestado con fidelidad— se prolongó durante algunas semanas, hasta que una tarde oyó unos pasos extraños y, acto seguido, un caballero alto y bien vestido entró en la habitación y se sentó junto a la cama del joven.

«Así que tú eres el chico que deja caer textos Bíblicos por la ventana, ¿verdad?», le preguntó amablemente. «Sí», respondió Tom, animándose. «¿Ha oído que alguien haya recogido alguno?». «¡Muchísimos, hijo, muchísimos! ¿Me creerías si te dijera que anoche recogí uno y que ha sido una bendición para mi alma?». «Pues creo que la Palabra de Dios es capaz de cualquier cosa, señor», dijo el muchacho con humildad. «Y he venido —dijo el caballero— para darte las gracias personalmente». «¡A mí no, señor! Yo solo me encargo de escribir; Él se encarga de bendecir».

«¿Y eres feliz en esta labor para el Señor Jesucristo?», preguntó el visitante. «No podría estar más feliz, señor. No le doy importancia al dolor de espalda, pues ¿no me alegraré cuando le vea y le diga que, en cuanto supe de Él, hice todo lo que pude para servirle? Supongo que usted tiene muchas oportunidades, ¿verdad, señor?»

«Ah, muchacho, las he descuidado; pero, con la ayuda de Dios, tengo la intención de empezar de nuevo. En casa, tengo a un hijo enfermo que se está muriendo. Tuve que venir a la ciudad por un asunto urgente. Cuando le di un beso de despedida, me dijo: "Padre, ojalá hubiera hecho algo por el Señor Jesucristo. No soporto la idea de presentarme ante Él con las manos vacías", y esas palabras se me quedaron grabadas todo el día, y también al día siguiente, hasta que, por la tarde, mientras caminaba por la calle, tu pequeño papelito cayó sobre mi sombrero. Lo abrí y leí: "Debo hacer las obras de aquel que me envió, mientras es de día; la noche viene, cuando nadie puede trabajar (Juan 9:4)". Me pareció como una orden».

«Llevo veintidós años profesando la fe cristiana, hijo mío, y cuando investigué y descubrí quién había dejado esos textos en la calle y por qué lo había hecho, me sentí tan avergonzado que he decidido que cuando vuelva a casa voy a trabajar para el mismo Señor al que tú sirves con tanta fidelidad». Las lágrimas de alegría resbalaban por el rostro del muchacho. «Qué bueno, señor», dijo, «de verdad, qué bueno».

«Dime cómo conseguiste el papel para empezar, muchacho».

«No me ha costado nada, señor. Solo he hablado con la abuelita y le he ofrecido renunciar a la mitad de la ración de leche que me da casi todos los días a cambio de que me compre papel. Ya sabe, señor, que no me queda mucho tiempo de vida. El médico de la comunidad dice que unos pocos meses de frío podrían acabar conmigo, y renunciar a un poco de leche no es gran cosa por mi amado Jesús. ¿Son felices las personas que tienen mucho que ofrecerle, señor?»

El visitante soltó un profundo suspiro. «Ay, muchacho, eres mucho más feliz en esta miserable habitación, haciendo sacrificios por Jesús, que miles de personas que profesan pertenecerle y que tienen tiempo, talentos y dinero, pero hacen poco o nada por Él».



«No lo conocen, señor. Conocer es amar, y amar es actuar; sin eso, no hay amor».

«Tienes razón, Tom. Pero ahora hablemos de mí. Debo empezar por alegrarte la vida. ¿Qué te parecería pasar tus últimos días en uno de esos hogares para chicos discapacitados, donde te atenderían y cuidarían, y donde podrías ver los árboles y las flores, y oír cantar a los pájaros? Podría conseguirte una habitación en uno, no muy lejos de mi casa, si te apetece, Tom».

El chico, miró con nostalgia el rostro bondadoso del hombre y, tras unos instantes de silencio, respondió: «Gracias, señor, he oído hablar de ellos, pero no me apetece morir sin esfuerzo cuando Él murió con esfuerzo. Quizá me distraigan demasiado esas cosas, y prefiero estar contemplándolo a Él y seguir con esta labor hasta que Él venga a buscarme. Qué gran alegría para un chico como yo tener una mansión con Él allá arriba por toda la eternidad». El visitante se sintió más reprendido que nunca.

«Muy bien, muchacho; me encargaré de que tengas comida adecuada y todo el papel que necesites mientras vivas. Lo arreglaré todo con una de las mujeres de la iglesia. Ahora, antes de irme, quiero que ores en voz alta por mí», y al hacer la petición, el señor se arrodilló junto a la cama del joven, conteniendo a duras penas un sollozo, pues sabía que debía cumplir con la petición.

Había una luz seráfica en aquel rostro pálido mirando hacia arriba, mientras decía con un tono de profunda reverencia: «Señor Jesús, sé que me estás escuchando, y te estoy muy agradecido por haber enviado a este amigo para animarme en mi trabajo. Ahora bien, Señor Jesús, está un poco preocupado por no haber trabajado lo suficiente para Ti en los últimos años. ¿Podrías ayudarle a hacer lo más que pueda en los años venideros? Y, por favor, Señor, haz que vaya enseguida a compartir con esos otros hombres ricos que no te conocen y no están trabajando para Ti. Y te doy las gracias, Jesús, por todo el papel y la comida que me llegan mientras vivo. Quizá aguante un poco más para escribir estos mensajes para Ti. Ahora, Señor Jesús, por favor, bendice a este querido amigo, en todos sus caminos y por siempre. Te lo pido por amor a Tu nombre». «Amén», dijo la voz profunda.

Entonces el caballero se levantó y se despidió. Antes de marcharse de Londres, se encargó de todos los preparativos para que Tom estuviera bien cuidado y, con el corazón más alegre, regresó a su hermosa casa de campo a vivir para Cristo.

Tan pronto como pudo, construyó una escuela misionera en sus propios terrenos y predicó a los vecinos la salvación a través del Señor Jesucristo. Cuando confesó sus pecados de negligencia hacia ellos y les habló de su renovada dedicación gracias al niño lisiado y a su pasaje bíblico, muchos de ellos fueron guiados hacia el Señor Jesucristo, quien «vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10).

De vez en cuando le llegaban noticias del joven a través de la señora cristiana que lo cuidaba, pero no fue hasta que llegó el invierno, y la nieve había caído y cubierto la tierra con su blancura cristalina, cuando se enteró de que el querido muchacho «se había ido con Jesús».

El cartero le trajo un paquete que contenía la Biblia de Tom, tan preciada y tan utilizada.

¡Qué reliquia tan valiosa para aquel lindo hogar era aquella Biblia marcada! Y cuando se la prestó a su hijo menor para que la leyera —esas marcas cuidadosas, las oraciones breves y sencillas escritas por Tom en el margen y su último deseo en la hoja de guarda, escrito aproximadamente una semana antes de su muerte, diciendo: «que este Libro Sagrado sea para otra persona un amigo tan grande como lo ha sido para mí», causó una impresión tan profunda en el joven que se entregó al Señor y, después, a la labor misionera en tierras extranjeras; y allá, en África Central, ha mostrado esa Biblia gastada a muchos cristianos nativos, al hablarles de Tom el niño cojo y sus mensajes Bíblicos escritos en papelitos.

La respuesta de Tommy al amor de Jesús le inspiró y motivó a tender la mano a los demás de forma desinteresada, a pesar de sus deficiencias e incapacidades. Esta historia ha tenido, y sigue teniendo, un impacto tremendo en muchas vidas.

El testimonio de Tommy nos animó a empezar este trabajo compartiendo presentaciones con mensajes basados en las Escrituras. Al igual que Tommy, nuestros comienzos fueron una pequeña ventana para llegar a la gente. En nuestro caso, fue el mundo digital el que permitió que cualquier persona con acceso a Internet pudiera recibir nuestros mensajes. Primero los enviábamos por correo electrónico, lo que a su vez se convirtió en una página web que ofrece suscripciones gratuitas para que cualquier persona en cualquier parte del mundo pueda recibir presentaciones inspiradoras y motivadoras. El amor de Dios nos abrió un camino y también lo hará por ti.

Puedes ser como «Tommy» simplemente haciéndote disponible para el propósito de Dios, y el amor de Jesús te motivará a compartir el mejor regalo de todos. Jesús dio su vida para ofrecernos una relación de amor con Dios. Podemos transmitir este amor de Dios a los demás incluso de formas sencillas. La gente necesita sentirlo a través de otras personas. Puedes ofrecer a alguien una palabra de ánimo, una sonrisa, quizá un abrazo cuando sea oportuno, o incluso compartir nuestros mensajes. No tiene por qué ser algo grandioso, pero si lo das desde el corazón, donde mora el amor de Jesús, los demás podrán experimentar el amor de Dios.

He aquí una pregunta para reflexionar: «¿Estás dispuesto a renunciar a lo que no puedes conservar para ganar lo que nunca podrás perder?». Cuando te entregas al propósito de Dios, Él hará más por los demás y por ti de lo que jamás podrías lograr por tu cuenta. ¡Que Dios te bendiga!

Personajes históricos investigados y verificados:

Título original: «Cripple Tom» (Tom el Cojo)
Autora original: Mary Louisa Baker
(* 1846 Birmingham, Inglaterra +1925 Ciudad del Cabo, Sudáfrica)
Seudónimo de la autora: Sra. Walker Searle
Caballero: Walter Samuel Searle (* 1852 Londres, Inglaterra +?)
Hijo fallecido: Sydney Campbell Searle
(* 1878 Plymouth, Inglaterra +?)
Hijo misionero: Walter Scott Searle
(* 1876 Plymouth, Inglaterra +1964 Ciudad del Cabo, Sudáfrica)
Tom (*? + ? Este de Londres, Inglaterra)
Jack Lee (Sin datos adicionales) «Granny» (Sin datos adicionales)
Ubicación de la habitación de Tom: Este de Londres
Ubicación de la residencia del caballero: Plymouth (?)
Fecha estimada de redacción: Entre 1880 y 1896
Fecha estimada de la primera publicación: 1896
Editorial: Jarrold and Sons (?)



Mary Louisa Baker (1846,- 1925)
Seudónimo: 'Sra. Walker Searle'
Foto: 1916